

## SABATO: LA BUSQUEDA DE LA SALVACION

Toda literatura que merezca ser recordada es una indagación de la realidad, una vía de perfeccionamiento humano, por gratuitas que parezcan sus figuras o fantásticos que nos resulten sus personajes. Esto se cumple en alto grado en la literatura argentina, cuya evolución ofrece un ejemplo de singular permanencia en un nivel testimonial, ético y humanístico.

He elegido para esta exposición la obra de uno de los grandes creadores argentinos, Ernesto Sábato, precisamente porque creo que cumple de una manera ejemplar con estas características de la Literatura nacional. Características quizá de toda literatura, pero que se acentúan de un modo muy llamativo en la nuestra, una literatura particularmente consciente, preocupada por el problema del hombre, de la nación, del mundo.

El novelista es básicamente un hombre que busca el sentido de la realidad. No es extraño entonces que se transforme en un intérprete de su propia vida y de la creación y que en el curso de ese proceso de interpretación produzca un crecimiento interior, un desenvolvimiento de sus propias virtualidades. He aquí que la novela se constituye en ámbito simbólico viviente donde emerge lo nuevo. No sólo se justifica en estos casos el nombre del género: *novela*, sino que existe una total justificación para pretender a este género, al menos en tales derivaciones específicas, como un género por excelencia cristiano en que se cumple el drama de la conciencia individual llevada a su punto máximo de crisis y consiguientemente a su dramática resolución.

Este camino se cumple por y a través de la palabra que da acceso al mundo translingüístico de las imágenes simbólicas, las que van guiando el proceso hacia su consumación final. Si el novelista no se arredra y sigue adelante en esta exploración del mundo y de sí mismo, su martirio se ve recompensado con dádivas espirituales que lo guían y le van revelando el sentido último de la realidad; más aún,

se produce una verdadera alquimia, el proceso de transmutación en el que el yo del narrador llega a ser sustituido por su yo profundo, por la conciencia rectora que corrige los errores y alivia esa sensación de hallarse perdido en el mundo, posibilitando la religación del hombre en su origen sagrado.

La novela se constituye en espacio sacramental de este drama de la existencia que es al fin la clave de la comprensión y de toda posibilidad de ordenación de la vida personal y comunitaria. Es a partir de su propia salvación como el novelista puede constituirse también en profeta y guía de su pueblo. El periplo, cumplido con sufrimiento y riesgo, le permite asumir libremente y sin temores la condición de fidelidad a sí mismo y a la verdad y, en consecuencia, tomar una actitud de servicio para con su pueblo, al que comprende, interpreta y ama, y al que, si lleva a sus últimas consecuencias en esta actitud, deberá iluminar sin orgullo alguno. Tal es el sentido del profeta en la antigüedad. Centro y nudo de esta posición es el diálogo vivificante entre el hombre y su creador, diálogo que si aún no se ha hecho plenamente expreso en la obra de Ernesto Sábato, sin duda trasciende cada vez más de cada página suya, de cada una de sus palabras y de sus actos. Es que la condición de escritor no es oficio, sino destino, vocación, llamada que no todos saben oír ni obedecer hasta su cumplimiento final.

El destino del escritor es transformarse en «transmisor de los mensajes de Dios a los hombres», como dice San Agustín y como también, por distinto camino, viene a corroborarlo Heidegger en nuestro tiempo.

La obra de Sábato es la de un pensador, la de un filósofo original, si devolvemos a esta palabra su sentido antiguo: un hombre en permanente interrogación de sí mismo y de la realidad. Su exploración se ha volcado, como no podía ser de otro modo, a la vía simbólica de la literatura, ya que es la suya la opción por un pensamiento encarnado, por un pensamiento mucho más rico, complejo e inextricable que lo conceptual. Al mismo tiempo, dentro y fuera de su creación literaria ha desarrollado, como todos saben, una labor reflexiva que significa el progresivo esclarecimiento del mensaje que sus novelas cifran de modo definitivo.

Los grandes temas contemporáneos, los permanentes interrogantes del hombre y los hechos más significativos de la historia hallan allí su expresión, interpretación y modulación. Por ello su obra nos remite incesantemente a una amplia contextualidad y es desde esa contextualidad como debemos considerarla. Sábato indaga en las lí-

neas de sentido de la Historia, se introduce en el drama contemporáneo que nos aboca a la caída más o menos próxima, pero inevitable, de los grandes imperios que han basado su desarrollo en el despliegue puramente científico y técnico, en la relación de poder con la naturaleza, en la soberbia antropocéntrica conducente a la deshumanización.

Los hechos malditos de la Historia moderna, el genocidio judío, el nazismo, las sociedades totalitarias, la represión y la violencia preocupan interminablemente a Sábato y apesadumbran su corazón de hombre que se siente pertenecer, en medio del desastre, a un mundo abierto a nuevas posibilidades. No menos profunda es su indagación del ser nacional, del drama histórico de una Argentina dividida, cuya única posibilidad de subsistir es la reconciliación de sus planos profundos, de sus distintos estratos, de sus elementos antagónicos: civilización y barbarie, razón y mito, europeísmo y tradición, metrópoli-provincia, son sucesivas antinomias que no puede resolver el pensamiento racional, sino una «razón ardiente» que avanza dolorosamente en la integración de los contrarios.

Pero el corazón de este proceso se halla en la integración de la propia individualidad. Es ése el camino comenzado hace ya treinta años en su primera novela: *El túnel*, punto de partida de una larga y auténtica trayectoria. En ella asoman los temas fundamentales de Sábato, los que se desarrollan y amplifican en toda su obra posterior. Frente a la planificación científica y racional de la existencia y el progreso, siente Sábato imponerse la presencia de un azar innominado que entrecruza el destino de los seres humanos y los pone frente a la evidencia de un sentido que no alcanzan a desentrañar.

Recordar algunas figuras que presiden el desarrollo de esta obra nos ayudará a comprender su dibujo profundo. Así, por ejemplo, el cuadro pintado por el personaje narrador, esa mujer con un niño en brazos, imagen simbólica que en la tradición cristiana es portadora privilegiada de un sentido de armonización y, al mismo tiempo, de esperanza; es la mujer por excelencia,alzada a su apertura máxima en la maternidad y llevada ésta a su significación trascendente. En cuanto al niño, a su vez se erige para quien se entregue a la riqueza irradiante del símbolo en significante de una edad por venir, de algo no realizado ni concluso. Hay en ese cuadro una escena secundaria no menos significativa; una mujer junto al mar, que nos aclara y profundiza la plenitud semántica de la mujer al relacionarla con esa entidad siempre misteriosa, imagen de infinitud y trascendencia que es para los hombres de distintas tradiciones el mar.